

Violencia para el pensamiento



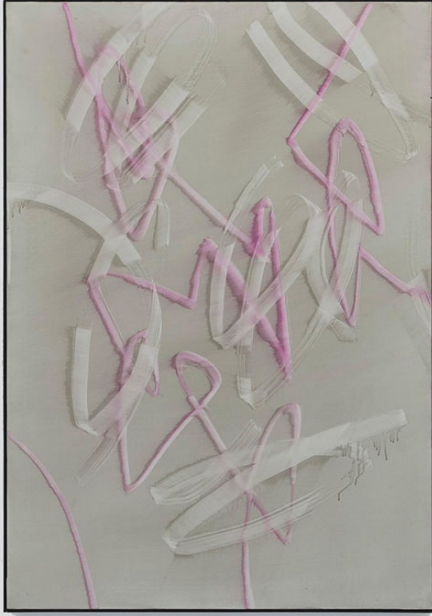
16 / 10 / 2016

Recientemente, el filósofo Reza Negarestani, ligado a la vertiente neo-racionalista del realismo especulativo, publicaba el ensayo *Torture Concrete: Jean-Luc Moulène and the Protocol of Abstraction* (2014). A propósito de una importante muestra del trabajo de Moulène, Negarestani formula en el texto la relación entre pensamiento y materia, entre el pensamiento y el arte, en términos de violencia. Según el filósofo, el artista piensa y afecta la materia en la abstracción para devolverle al pensamiento, por medio del arte, una tortura. El arte tortura al pensamiento para revolverlo, para forzarlo a cruzar los límites que nunca pensó cruzar. En lugar de un arte concebido como exceso del pensamiento, como su firme opositor e irreducible opuesto, aquí la relación estética con la materia es una relación productiva que establece entre ambos polos una violenta intimidad —la tortura no persigue la muerte del objeto de la violencia, sino el enriquecimiento de su respuesta. Aproximadas en estos términos, las obras de José Díaz que pueden verse en la galería The Goma —hasta el 29 de octubre— ofrecen un valioso repertorio de formas de tortura, de violencias para el pensamiento.

Destacan en este sentido dos de los cuadros incluidos en la exposición individual de Díaz, *11 → #3* y *Unisex*, ambos de menor carga que los demás, en los que la gestualidad de la superficie pictórica es menos arrolladora —menos violenta de aspecto, paradójicamente—, dejando a la forma más franca, que gana en presencia propia —y que gana así también en violencia, entendida como la entiende Negarestani, vuelta con mayor vehemencia al pensamiento.



↑↓→ #3, 2016, Óleo
s/lienzo, 116 x 82 cm



Unisex, 2016, Óleo
s/lienzo, 56 x 48 cm



Estas dos obras, con especial destreza, esquivan la propensión del pensamiento a la sublimación y a la evocación y, en definitiva, a la búsqueda insistente del reposo, de la reafirmación de su inmóvil suficiencia. Sublimar y evocar son movimientos más bien breves, cuyos trayectos se conocen de antemano y se recorren sin sobresaltos, con la tranquilidad que da la intuición de que el punto de llegada será casi idéntico al de partida.

La violencia que

esta pintura ejerce restringe la razón [...] y estas restricciones son generadoras de movimiento nuevo.

Cuando el pensamiento no encuentra asideros a los que agarrar los mecanismos acostumbrados, sus movimientos mejor sabidos se muestran

inadecuados, se vuelven impracticables; las líneas ondeantes, las marcas flotadas que el pensamiento se encuentra en estos lienzos, lo llevan a un movimiento mucho más incierto, que se prolonga y se acrecenta. Un tipo de movimiento que no es de entrada tan desbordante como el movimiento provocado por una magnitud inasumible para la imaginación que, al detonar el sentimiento de lo sublime, no

vendría sino a asentar la conformidad de la razón, llamada al rescate, con lo que sea que pueda dársele, de acuerdo con la formulación kantiana del concepto. Tampoco es tan automático como el movimiento apremiante de conexión entre las formas materiales y aquello evocado a lo que forzosamente han de referir. Aunque en toda la muestra hay una indicialidad clara que remite al pintor y al dinamismo de su proceso de trabajo con la materia —y que podría invitar a un coqueteo connotativo con la larga historia de la expresión abstracta y sus consabidos tropos—, aquí la pintura está más detenida, y la totalidad de la composición conjura una tensión que es más difícil sacudirse, más difícil de resolver, más rotunda y también más fructuosa.

En estos dos cuadros, Díaz corta las continuidades que se abren sobre los cúmulos de trazos, aislando las formas hasta el punto en que solo se devuelven a sí mismas. Y el resultado es un corte análogo de las vías de escape que pudieran identificarse en la percepción, lo que produce el intenso y torpe movimiento a tientas que piensa esforzado un campo aún por marcar, y abre un espacio y un tiempo amplios para que el pensamiento se salga de sus casillas. La violencia que esta pintura ejerce restringe la razón, negándole el grato ejercicio de sus capacidades operativas ya dadas; le restringe sus movimientos, y estas restricciones son generadoras de movimiento nuevo. Estas torturas no dejan al pensamiento muerto, sino que lo fuerzan a extenderse por supervivencia.

Alberto Vallejo (Zamora, 1990) es artista, licenciado en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid y MA en Digital Culture por el Centre for Cultural Studies de Goldsmiths, University of London.

Imágenes cortesía de TheGoma.



